

tido de previsión saludable; inclinando las pasiones del lado de la reflexión y de la serenidad de juicio.

La mayor parte de nuestras ideas y preocupaciones tienen su origen en las crueles luchas de religión en tiempos no remotos. Cuando era cosa corriente los delitos de pensamiento y de conciencia, todos a porfía empleaban los procedimientos más inhumanos para castigar a los heréticos y extirparlos. Los católicos, y lo mismo los protestantes, en sus comienzos, aplicaban el tormento y la hoguera. Hoy que el espíritu religioso decae rápidamente, nadie deja de mirar con horror aquellos suplicios. Si alguna vez los poderes públicos se atreven a aplicar el tormento, como suele hacerse en las prevenciones y cárceles para arrancar confesiones o para castigar lo que la ley no castiga, se guardan bien de hacerlo ostensiblemente, pues sería peligroso para ellos desafiar con franqueza el espíritu público, que tan contrario se muestra a tales salvajismos. En nuestros días se ha podido ver la opinión clamar unánime contra las iniquidades de Jerez, Alcalá del Valle y Barcelona. Recientemente la cruel represión por los sucesos de la semana trágica, ha levantado en airada protesta, no sólo al país entero, sino también a todos los pueblos de Europa y América. Y a cada momento las gentes se pronuncian también contra la justicia y los atropellos de la fuerza armada. En Francia el asunto Dreyfus fué un buen ejemplo del poder grandioso de esta corriente de humanidad que nos lleva derechamente a una nueva vida de amor fraternal.

Y en fin, se tiene una prueba concluyente de que la coacción moral ha prevalecido siempre y es hoy más fuerte que todos los poderes coercitivos, en los dos procedimientos empleados por los cristianos para dominar la sociedad civil.

Mientras los católicos organizan su imperio por medio de un verdadero poder central y tratan a todo trance de hacerse dueños del mundo, los protestantes se contentan con su acción

difusa, repartida aquí y allá, que de modo indirecto sugiere y gana las voluntades. Según Draper, el modo de proceder de los protestantes era al principio excitar el *odio teológico* contra el culpable, colocarlo en entredicho social, medio no menos eficaz que el inquisitorial y violentísimo de los católicos. ¿Y cuál es el resultado? Que el catolicismo despierte grandes rencores y viva nada más que por la tolerancia de los hipócritas y por el interés de los privilegiados, en tanto que el protestantismo ha conseguido que el público le juzgue como algo más humano, menos violento que la Iglesia romana. En el derrumbamiento del cristianismo los odios se acumulan sobre el catolicismo, y se mira a los protestantes con cierta indiferencia, a pesar de que en el fondo nada los distingue. Los procedimientos seguidos por unos y por otros son la clave de la cuestión.

Otra vez el mismo resultado. Se rechaza instintivamente todo lo que se impone por la fuerza; se tolera aquello a que se nos induce por la presión moral. Por tiránica que ésta llegue a ser, debido a las preocupaciones del tiempo, es siempre más llevadera que aquélla.

Aunque hoy se resuelven la mayor parte de las cuestiones por la violencia, hemos entrado ya en la corriente innovadora que la rechaza y comenzamos a practicar la libertad en las acciones, gustando de reconocer buenamente aquello a que venimos obligados y de realizarlo sin que nadie nos lo imponga. Todo el mundo comprende ya que la fuerza no debe ser empleada en ningún caso, y para que este sentido de la realidad se obscurezca es necesario o que se reaviven los fanatismos atávicos o que la pasión se desate.

¿Podrá, pues, negarse razonablemente la influencia de la coacción moral? ¿No es a la vez la fuerza impulsora y reguladora de la vida? ¿No es la sugestión permanente de las acciones, ideas y sentimientos personales?

RICARDO MELLA